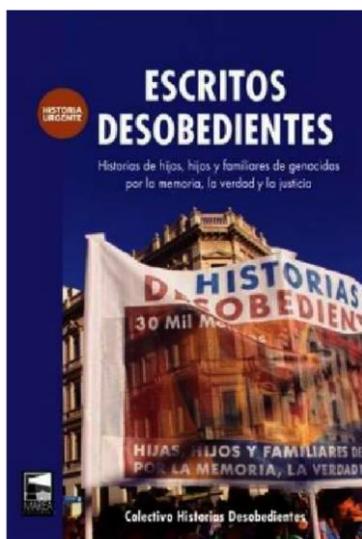

SOBRE *ESCRITOS DESOBEDIENTES*, DE CAROLINA BARTALINI Y VERÓNICA ESTAY STANGE (EDS.)

Omar Farina
Universidad de Buenos Aires
mvfarina@hotmail.com



∞

Escritos Desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia, de Carolina Bartalini y Verónica Estay Stange (eds.); Buenos Aires: Marea, 2018; 225 pp.; ISBN 978-987-3783-87-6.

Hay algo inherente a todas las tragedias. Tanto el genocidio armenio a manos de los turcos, el holocausto, o la última dictadura militar en nuestro país, tienen como común denominador las nuevas voces, esas que inesperadamente se alzan y que al alzarse visibilizan algo desconocido de ellas, y que obliga a la memoria, porque la perpetúa para que nunca más caiga, o la tiren, en el olvido de las sociedades. En 2017, el fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación referido a la aplicación del “2x1” a los genocidas resultó ser un disparador de una voz que se empezó a oír en el escenario de la lucha por la memoria, verdad y justicia. Son los hijos, hijas y familiares de los genocidas, que, con extrema valentía, y con una potencia en su voz, comparable a la potencia del



silencio de las madres en sus rondas en plena dictadura, se unen enfrentando la culpa y la vergüenza de los crímenes de sus progenitores, o familiares, agrupándose en un colectivo que decidió llamarse “Historias Desobedientes” para dar cuenta de otra cara del horror de esta tragedia, el horror dentro del propio seno familiar. Estas personas se propusieron sacar a la luz, desafiando con la fuerza de la palabra los mandatos de silencio y sumisión, los tabúes sociales, las cadenas de la cultura patriarcal y genocida que estos criminales urdieron dentro de su propia trama familiar.

Este libro recopila escritos de la posición de rechazo y repudio, desde la formación de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) que operó clandestina y salvajemente hasta el final de la dictadura militar. Carolina Bartalini nos introduce en estos escritos que resignifican la memoria, dándole un estatuto de *real* en una dualidad de *querer olvidar* y *querer recordar*, que es donde se produce el gesto de la voz, recordar lo vergonzoso para que participe de la memoria, erradicando las *memorias desmemoriadas*, la de aquellos hijos o familiares que reivindican la criminalidad de los genocidas. No todo es “legado”, “honra”. Estos relatos a los que accedo cambian el foco de la imagen. Los autores aceptan la responsabilidad del *Padre* en los más horrorosos crímenes, lo *impugnan*, lo *delatan*. También nos cuenta que “Historias Desobedientes” está conformado por una mayoría de mujeres, observándose una clara matriz de género, hay un desafío al *padre* y a la *patria*, hay una construcción *antipatriarcal*.

Organizado en dos partes, las “Historias de Vida” y los “Relatos Desobedientes”, el libro recupera el camino que llevó a la formación de este colectivo, desde episodios íntimos e individuales al inicio y, comunitarios, y ciertamente políticos, al final, compilados al cuidado de Analía Kalinec, quien precisamente inicia las “Historias de Vida” con “Colita de Algodón, Obediencia Debida y otras cuestiones”, donde nos relata su giro de vida, desde tener un padre ejemplar a otro condenado por cometer crímenes de Lesa Humanidad, un padre que no fue capaz o no tuvo voluntad de desobedecer. En “Soy maestra y tengo faltas de ortografía”, la misma Kalinec nos ofrece un acabado razonamiento de la participación política mientras que en “Represores reprimidos reprimiendo” nos muestra que su trauma heredado pide ser puesto en palabras para empezar a sanar. En “Y otra vez esta historia, esta angustia” pone en valor la memoria, la verdad y la justicia, para contarnos en “Hijas de represores, 30.000 motivos” la fuerza centrífuga que va uniendo a estas víctimas de la dictadura, en su afán de enfrentar la verdad, por más dolorosa que fuere. Finalmente, Kalinec, en “Con ellos pasa siempre” habla de sus hijos y de sus vivencias para con su abuelo genocida.

“Bruno”, con apenas diez años, nos relata su pertenencia a “Historias Desobedientes” y cómo esto lo ayudó a no llorar más. Por su parte Bibiana Reibaldi en “Somos una voz nueva y extraña” se siente heredera de una historia con la que no eligió nacer, pero sí eligió qué hacer con ella. Luego nos habla “En a los gritos y en silencio” desde la complejidad de una relación hija-padre genocida, convencido de estar viviendo una guerra, una guerra sucia, que como en todas las guerras mueren inocentes y que con su silencio perpetúa el crimen. Luego es tiempo de Christian Baigorria quien en “La habitación incendiada”, autobiografía de un hijo biológico de un padre genocida y apropiador, nos describe descarnadamente su periplo de vida desde sus siete años hasta los cuarenta y dos, en que tanta verdad lo hizo besar la lona apenas subir al ring. ER en “HIJOS” nos explica el giro que dieron en el tiempo *los hijos del pueblo*, mientras María Laura Delgadillo en “El ave fénix (o la capucha marrón)” describe la fortaleza de Claudia, a la vez que en “¿Qué somos?” afirma que ella *es* porque ellos *son*, sus queridos desobedientes; en “Acción y reacción” describe la peor derrota de los genocidas; por su parte Liliana Furió en “Nuestro encuentro” habla

de su construcción personal de desobediente y Lizy Raggio en “Como dos extrañas en la noche” plantea el amor y el repudio a su padre como misión liberadora para con sus hijos y nietos, mientras espera a Josefina, la *eternauta*. “La niña que siempre muere”, de Lydia Lukaszewics, trata sobre la rebeldía, sobre la niña que no se rinde y sigue. Otra desobediente, Lorna Milena, en sus extensos y maravillosos relatos, que lamentablemente la tiranía de la reseña me obliga a reducir drásticamente, compone un *catálogo de violencia psicológica* y describe cómo a sus cincuenta años lo convirtió a su padre, ese que le provocaba terror, en pañuelo blanco de amor, de resistencia, de libertad, de justicia, a la vez que nos transmite, acertadamente, el revivir en el presente aquel pasado negro, rebelándose contra el silencio cómplice.

Llamado a relatar el desobediente Néstor Rojo en su “Una carta para Carlos (Manzana)” en el que añora la presencia de Carlos Alberto “Manzana” Mandagaran, amigo que acompañó su historia de dudas sobre su paternidad. Quien no tiene dudas de su identidad es Nicolás Ruarte, nieto de dos genocidas, nos dice en “Documento Nacional de Identidad” que construyó su identidad demoliendo lo heredado y abriendo los ojos. También es nieta Oscarina H. y en su “Sueño señuelo” concluye sobre su historia de vida que hace falta aceptar la verdad que no se quiere asumir, de una vez y para siempre. Pero es bien sabido que la tragedia que nos convoca no es exclusivamente argentina. Se trató de un plan sistemático en nuestro continente. Para ello basta escuchar a Pepe Rovano y su “Bastardo. La herencia de un genocida” para comprobarlo. Hijo no reconocido de un carabinero chileno genocida nos muestra sin lugar a dudas la metodología criminal que asoló a nuestros países en aquellos años. Es tiempo ahora de Stella Duacastella y su “La mujer sin fondo” donde nos describe a su padre, al que la verdad lo está torturando, y sin embargo pide *reconocimiento*. Concluye esta primera parte del libro, libro hasta aquí que resulta una cita obligada, con Topo Bejarano, quien, a sus cincuenta y cuatro años, por primera vez, y en voz alta, dijo *MI PADRE FUE UN REPRESOR*.

En la segunda parte, “Relatos Desobedientes”, se abordan distintos tópicos, como tener un padre, o un ser querido, involucrado en delitos de Lesa Humanidad, y cómo resolver la negación personal primero, estatal luego, hasta la apertura en el año 2005 de los Juicios por la Verdad. Estos Desobedientes entienden fundamental la modificación del Código Procesal Penal, específicamente los artículos 178 y 242, para que, en los casos de juicios de crímenes de Lesa Humanidad, los familiares de los imputados puedan declarar en juicio y de esta forma romper el mandato de silencio que pesa sobre ellos. La modificación que impulsan es *poder declarar*, no *obligar* a declarar. Otras cuestiones que se abordan son: su repudio a la prisión domiciliaria que oportunamente se otorgara a Miguel Etchecolatz, la intención de convertir a Campo de Mayo en un parque nacional, lo que destruiría definitivamente pruebas que aún pueden ser utilizadas. También abogan porque no sea considerada venganza los juicios contra delitos de Lesa Humanidad y toman clara posición de no querer a las fuerzas armadas represivas en la calle. Es de profunda preocupación para “Historias Desobedientes” el esclarecer contundentemente ¿qué pasó con Santiago (Maldonado)? Al finalizar, en un ensayo de Verónica Estay Stange se desgrana la criminalidad de los hijos de criminales. Se plantea si los hijos de criminales son criminales o víctimas. Víctimas, diría el buen sentido. *Ni lo uno ni lo otro*, dicen los Desobedientes. Porque optar por la desobediencia implica tomar las riendas de su propia historia (y, colectivamente, también de la Historia).